

## EL TOPACIO FILOSOFAL

*Elías Hacha*

*(Profesor del IES Rodrigo Caro. Reseña bio-bibliográfica en números anteriores)*

*A la memoria de José Luis Toro.*

A finales del pasado verano, en una de las últimas conversaciones que mantuve con José Luis, me hablaba de lo extraordinaria que había sido su vida, de que se sabía realmente un hombre afortunado. Afortunado con su mujer, con su familia, con sus amigos, con su trabajo. Y, consciente ya de la gravedad de su dolencia, añadía que, por muy malos tiempos que vinieran, estaba preparado y que el balance final habría de ser sin duda positivo. Esa actitud lo retrata: su temple, su inteligencia, su energía, su generosidad, su hombría de bien.

Y si como persona supo ser un amigo para todos y un modelo para muchos, como profesor no se puede decir menos. No haré sino repetir, casi al pie de la letra, un fragmento del discurso que tuve el honor de dirigirle, a orillas del Guadalquivir, compartiendo una larga mesa en el tan reciente homenaje que le brindamos con motivo de su jubilación:

*Hagamos memoria de los que fueron nuestros maestros y convendremos en que los mejores fueron siempre los verdaderos enamorados de su materia. Así los recordamos, asociados a su rama del conocimiento, no tan sólo bajo el nombre genérico de profesores. Y así la pasión de José Luis ha sentado cátedra, sin duda, entre todas las generaciones de alumnos que han pasado por sus manos en el Rodrigo Caro. Lo mismo que entre todos los que hemos tenido la fortuna de compartir con él una silla en el Claustro. Podría recordar sus cargos y sus cargas, enumerar sus iniciativas y sus servicios; podría echar un aluvión de flores sobre su entrañable cabeza, pero no es necesario. No creo que la presencia de tantos como estamos aquí reunidos precise de más palabras.*

El relato que sigue también formó parte de aquel discurso. Se trata de una vivencia real, apenas disfrazada por un pedregoso artificio literario.

Por los patios, por los pasillos, por las aulas, por el laboratorio de Física y Química que hoy lleva su nombre en un sencillo azulejo, por todo este Instituto que fue su segunda casa durante tantos años, ha de perdurar su huella largamente. Perdurará también en ese sinfín de cachivaches científicos sorprendentes que año tras años construía con sus alumnos, como un reflejo de la maravilla que habitaba dentro de él y perdurará, sobre todo, en el corazón de todos y cada uno de nosotros.

.....

Pues resulta, amigo mío, que hace poco, poquísimos tiempo, en un país habitado por piedras de todos los colores y tamaños que se llamaba El Rebollar, en un lugar del Gran Valle de cuyo nombre no hace falta acordarse, en un Instituto de Enseñanza para guijarros de rivera, impartía docencia un topacio milenario que por su talante y su valor histórico era especialmente querido y considerado por todos

cuantos en aquel centro pasaban sus días en las saludables tareas del conocimiento, por más que a muchos de los maestros -zafiros, ágatas, esmeraldas y piedras talladas de coloraciones varias- se les iba con alguna frecuencia la salud en ello.

Era nuestro personaje una piedra de considerable tamaño, de un tono ambarino profundo, perfecto en su transparencia, originalísimo en su impecable geometría. Tenía como distintivo una sedosa y venerable cabellera blanca que, a pesar de que su dueño regentaba el laboratorio de Química, confería a éste un aire más propio de poeta consagrado que de concienzudo científico.

Presidía aquella ilustre institución un adoquín de amplio contorno, tallado en la simpleza del paralelepípedo, rústico a pesar de sus estudios, voluntarioso como virtud mayor y convencido de ser un mal menor, lo que le persuadía a aguantar en el cargo el tiempo que el Alto Funcionariado de Palacio le había encomendado. En el fondo, anhelaba regresar junto a los brillantes filósofos, a los irisados matemáticos, a los refulgentes historiadores, a los resplandecientes filólogos que día a día repulían en la piedra molar de las aulas la impoluta planitud de sus caras, la perfecta rectitud de sus aristas y la implacable agudeza de sus vértices, al tiempo que tallaban lentamente a los cientos de pedrusquillos en bruto que las leyes del Reino habían hecho caer en sus manos.

El Presidente adoquín no era ajeno al encanto ancestral y lírico de nuestro topacio. Sin embargo, había algo en su imagen que se le escapaba, un componente que intuía de forma imprecisa, la sugerencia de un algo más, que él, en la obtusa percepción de su alma de cántaro, no acababa de entender. El topacio irradiaba optimismo y alegría, pero no era eso. Tampoco era su camaradería, su vocación, ni su actividad incansable. Era algo que no acertaba a nombrar, algo que le resultaba tremendamente familiar, pero que se le escapaba. A veces creía tenerlo al alcance de la mano, en la punta de la lengua. Pero se le escapaba.

Una mañana, avanzada ya la primavera, llegaron de visita al instituto los cincuenta guijarros, diamantes en brutísimo, que habrían de ingresar en el centro para el otoño siguiente. Tenían once o doce años, y rodaban sin guardar fila por los solemnes pasillos dirigidos por sus monitores y por el Presidente adoquín que les iba mostrando las aulas, los talleres, el gimnasio, las diversas dependencias que habrían de ocupar en apenas cuatro meses. No se portaban mal: algún que otro grito, alguna que otra risa, alguna carrerilla impropia. El Presidente, sin embargo, no podía dejar de percibir, junto a los angelicales rasgos de la infancia, la ferocidad soterrada de muchos de ellos, los picos, las rebabas, las irregularidades terribles que, de no ser ya piedras por naturaleza, hubiesen petrificado a cualquier claustro al que esperase la titánica tarea de tallarlos y pulirlos.

A mitad de la visita llegaron al laboratorio, donde el veterano y querido topacio les esperaba.

-Pasad, pasad- les dijo- colocaos por aquí, ocupad las mesas.

Aunque el proceso fue caótico y el Presidente adoquín se había echado a temblar temiendo por las vitrinas, los tubos, las probetas, los matraces y demás cachivaches del laboratorio, a los pocos minutos todos estaban ordenadamente sentados en los taburetes y, como hipnotizados, escuchando en silencio las palabras del Profesor topacio:

-La ciencia es maravillosa. La ciencia es magia. ¿Veis esto? -les preguntó mientras alzaba sobre su cabeza una caja cuadrada dentro de la cual podía verse suspendida una esfera azul -¡Pues fijaos ahora!

Y dando la vuelta a la caja, todos pudieron ver suspendido, en lugar de la

esfera, un perfecto exaedro de color rojo. Algunos de los chicos rompieron a aplaudir, pero él los interrumpió de inmediato.

-¡No! Esto no es un circo. Esto es la ciencia. A ver. ¿Alguien sabe como ha sido posible esta transformación?

Uno de los pequeños guijarros se aventuró:

- Yo creo que se hace con dos espejos por dentro...

-Muy bien, muy bien –lo alabó nuestro topacio- Eso es pensar. Observar, razonar, buscar las causas. La caja es ciencia, pero lo que tú has hecho, ¡eso sí que es la ciencia!

Y repitió:

-La ciencia es maravillosa.

Eran suyos. Y él de ellos. Después del efecto de la caja, todos se arremolinaron a su alrededor y él comenzó a pasearlos por cada rincón del laboratorio. Miraron por calidoscopios de sólidos y líquidos multicolores, produjeron electricidad con una manivela, levantaron treinta kilos con un dedo usando la máquina de Leonardo, gritaron órdenes al bote que regresaba solo después de ser echado a rodar. Todos querían tirar el prodigioso bote y él no se lo negaba a ninguno.

Mientras, el Presidente adoquín, que comprobaba que la ruta programada para la visita se salía muy mucho del horario previsto, buscó con los ojos a uno de los monitores, y tocándose el reloj le indicó que iban mal de tiempo. El monitor se acercó a él, sonriente, y le habló en un susurro:

-Están encantados- dijo. Y, encantado también él, no parecía tener ninguna prisa.

En ese momento tocó la campana y comenzaron a llegar los alumnos de nuestro topacio, que tenían un examen precisamente a esa hora.

-Profesor, sus alumnos –informó el Presidente.

-Que se esperen, que no hay prisa- contestó el topacio. Y siguió tranquilamente su ruta improvisada. –Mirad esto ahora. Esto es el vacío. El poder del vacío.

Unió dos campanas semiesféricas, extrajo el aire mediante una máquina aspiradora, e invitó a los guijarros a que tirasen de las dos cuerdas que pendían de los extremos de la esfera así formada, con la intención de volver a separar las dos campanas. Los guijarros, alborozados, se lanzaron en dos grupos a la tarea, tirando en direcciones opuestas con todas sus fuerzas, entre risas y algarabía. Y entonces, el Presidente adoquín, enfocó su atención en el rostro del Profesor topacio que sobresalía entre la parva de visitantes, y vio aquella sonrisa anchísima y absoluta, y contempló las expresiones de los pequeños guijarros, y por fin lo vio, por fin su alma de cántaro comprendió aquel algo que se le había escapado siempre: el topacio y los guijarros tenían la misma sonrisa. ¡Allí dentro, invisible, diluida, conviviendo con la cristalización perfecta del venerable Profesor, allí dentro había un niño! ¡Irregular, explosivo, imprevisible, malévolo, purísimo! No había desaparecido con el paso de los siglos. El topacio trajeado, en su perfecta simetría, conservaba, extrañamente ocultos, los picos, las rebabas, las irregularidades terribles, y esa suerte de gozo de ser, de estar, de hacer, que no necesita explicación porque arranca de la esencia misma de la naturaleza de que están hechas todas las piedras.

Por un momento se había parado el tiempo: y en la eternidad, efectivamente, no podía haber prisa.